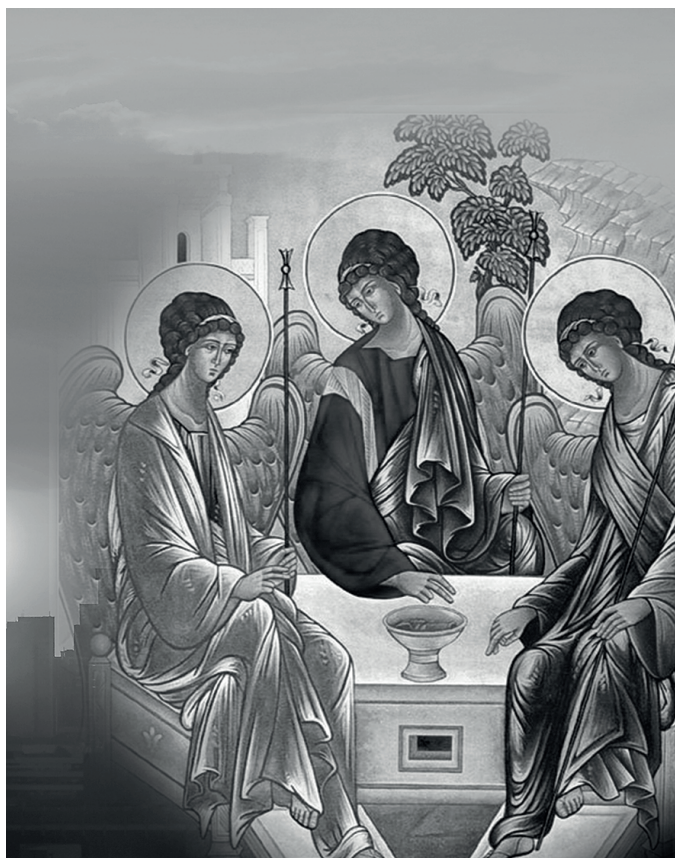


La vida contemplativa. Corazón orante y misionero

Materiales para la Jornada *Pro orantibus* 2019



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

SUMARIO

Presentación	5
Testimonios	9
Textos del Magisterio.....	13

PRESENTACIÓN

LA VIDA CONTEMPLATIVA. CORAZÓN ORANTE Y MISIONERO

COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA VIDA CONSAGRADA

Con la constitución apostólica *Vultum Dei quaerere* del papa Francisco y la consecuente instrucción aplicativa *Cor orans*, la vida contemplativa, especialmente la femenina, se encuentra inserta en una proficua reflexión de cara a la adecuada puesta en práctica de las indicaciones recibidas. Al mismo tiempo, en el horizonte eclesial se vislumbra cada vez más cercano el mes extraordinario misionero, que viviremos en el ya próximo mes de octubre.

En este contexto misionero, el Card. Fernando Filoni, prefecto de la Congregación para la Evangelización de los pueblos, ha propuesto concretamente «que las comunidades contemplativas monásticas y claustrales se dediquen a un ejercicio de oración y reflexión que pueda ayudar a las Iglesias particulares, a los fieles y a los pastores en su tarea de conversión y misión. En medio del mundo vosotros, hermanos y hermanas, gracias a la radicalidad bautismal de vuestra vocación contemplativa, sois una señal eficaz de la pertenencia filial de cada hombre a Dios. En la vida diaria ordinaria de los monasterios y comunidades vivís la esencia cristiana que representa el corazón de la misión, el centro del anuncio y de todo testimonio evangélico. A nuestros hermanos monjes y a nuestras hermanas claustrales debemos hacer referencia, para que todo, la humanidad y el mundo, puedan ser transfigurados por la misión de Cristo y de su Iglesia, para la gloria de Dios Padre»¹.

En esta línea, para la Jornada *Pro orantibus* de este año proponemos como lema «La vida contemplativa. Corazón orante y misionero».

¹ CARD. FERNANDO FILONI, *Carta* del 3 de diciembre de 2017 a los Superiores y Superioras generales, Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de vida apostólica.

Vida contemplativa. Corazón orante

Hace unos meses el papa Francisco invitaba a los religiosos y religiosas contemplativas «a buscar constantemente el rostro de Dios y a permanecer fieles a vuestra misión de ser corazón orante de la Iglesia»².

La vida contemplativa es la voz orante de la Iglesia. La oración que se eleva desde los monasterios es la voz de la Iglesia y de tantos hombres y mujeres que no saben, no quieren o no pueden rezar. Esa oración es la voz de tantas personas que sufren –emigrantes, discriminados, abusados, encarcelados– que no saben cómo expresar su dolor e impotencia. Como los que llevaron al paralítico, los monjes y monjas, con su oración, acercan y posibilitan que la misericordia de Dios llegue a toda persona necesitada. Su oración, como los brazos alzados de Moisés, se elevan para interceder ante el Señor por el bien de toda la humanidad y la Iglesia³.

La vida contemplativa es también testimonio y profecía para todos nosotros. Nos enseña a perseverar en la búsqueda del rostro divino; nos recuerda que el Señor debe llegar a ser nuestro tesoro, nuestro principal bien, lo único que basta⁴. A la vez, nos ayuda a descubrir el valor de las cosas y a usarlas como escalera para alcanzar la morada divina, nos testimonian el modo de ver las cosas con la mirada de Dios⁵.

En verdad, las comunidades monásticas, esparcidas en los numerosos monasterios y claustros presentes en la geografía española, son «verdaderas escuelas de contemplación y oración»⁶ para todos los bautizados.

² FRANCISCO, *Mensaje* con ocasión de la Jornada “Pro orantibus” (21.XI.2018).

³ Cf. FRANCISCO, *Vultum Dei quaerere*, nn. 16-17.

⁴ Cf. FRANCISCO, *Vultum Dei quaerere*, n. 9.

⁵ Cf. FRANCISCO, *Vultum Dei quaerere*, n. 10.

⁶ FRANCISCO, *Vultum Dei quaerere*, n. 36.

Vida contemplativa. Corazón misionero

¡Cuánto os necesitamos, a vosotros, hombres y mujeres que dedicáis vuestra vida a la oración y la contemplación! ¡Qué hermosa misión la vuestra! «La Iglesia aprecia mucho vuestra vida de entrega total. La Iglesia cuenta con vuestra oración y con vuestra ofrenda para llevar la buena noticia del Evangelio a los hombres y a las mujeres de nuestro tiempo. La Iglesia os necesita»⁷.

Necesitamos vuestros corazones misioneros, que viven constantemente encendidos de celo apostólico, porque no cesáis de contemplar el rostro de quien es Camino, y Verdad, y Vida (cf. *Jn* 14, 6).

A este propósito queremos recordar a todos los fieles unas bellas imágenes con las que el papa Francisco ha comparado últimamente a la vida contemplativa⁸.

Las personas consagradas a la contemplación son como los *faros en el mar*. No son ellos el puerto, pero indican la ruta para llegar a él. Cuando uno se ha perdido a causa del oleaje y del viento de la vida, el testimonio de los monjes y monjas ilumina, como buen faro, cuál es la meta a la que estamos llamados.

La vida contemplativa ilumina como luz de *antorchas*. Tras indicarnos el puerto seguro, su luz nos acompaña en la travesía que debemos recorrer. Es luz constante que guía nuestros pasos. Nos indica la meta y el camino para llegar al destino. Es luz que permite caminar y ofrece una suficiente confianza para caminar en medio de la noche oscura y tinieblas de la vida.

Sus vidas de claustro y monasterio fungen como *centinelas* mientras todos nosotros, quizás demasiados despreocupados, rondamos, activos, en medio de quehaceres y responsabilidades de la vida diaria. Su constante oración vigilante nos protege tantas veces y de modo imper-

⁷ FRANCISCO, *Vultum Dei quaerere*, n. 6.

⁸ Cf. FRANCISCO, *Vultum Dei quaerere*, n. 6; y *Mensaje* con ocasión de la Jornada “Pro orantibus” (21.XI.2018).

ceptible de riesgos y tentaciones. Su testimonio de vida nos asegura, en medio de nuestro agobio de cada jornada, que en cualquier momento podemos dirigir nuestra mirada a Aquel que siempre ilumina nuestra oscuridad interior. Sobre todo, los monjes y monjas nos gritan con su vida: «Hemos encontrado al Señor» (*Jn* 1, 40), «He visto al Señor» (*Jn* 20, 18).

En este domingo de la Santísima Trinidad que la Iglesia en España celebra la Jornada de la Vida Contemplativa –Jornada *Pro orantibus*–, todo el Pueblo de Dios, junto con sus obispos, agradecemos el corazón contemplativo y misionero de tantos hombres y mujeres que, desde sus claustros y monasterios, no dejan de contemplar el rostro de Dios y de irradiar su luz a todos nuestros corazones.

TESTIMONIO

FR. CARLOS D. GRIMALDI (26 AÑOS)
NOVICIO DE LA ABADÍA BENEDICTINA DE LA
SANTA CRUZ DEL VALLE DE LOS CAÍDOS

(*San Lorenzo de El Escorial, Madrid*)

La vocación monástica es una inmensa gracia de Dios para un joven de nuestros días, con cierto componente de exigencia y aspereza, que nos hace abandonar los hábitos de la vida mundana y revestirnos de una nueva condición, en entrega plena al seguimiento del Señor Jesús. Me parece que en las circunstancias actuales, los que ingresamos en una comunidad contemplativa sentimos con intensidad este cambio de costumbres, de orientación de toda la existencia: de nuestros intereses, gustos y proyectos, hay que convertirse al servicio del Señor, los hermanos y la Iglesia.

El noviciado es una etapa que enfoco sobre todo como tiempo para conocer y asumir los aspectos más particulares y profundos del camino que el Señor me ofrece. El monacato es, como nos enseñan los Padres más antiguos, el esfuerzo por perpetuar en el seno de la Iglesia la vida de renuncia que los apóstoles llevaron siguiendo a Jesucristo, así como los primeros discípulos en Jerusalén después de Pentecostés. Es la *vida evangélica y apostólica* por excelencia. Los monjes hemos recibido el tesoro de la espiritualidad antigua de la Iglesia, y en estos tiempos quizás más que en otros se nos pide fidelidad y entusiasmo para tratar de conservarlo.

Esta antigua tradición del monacato cristiano, para los que militamos bajo la Regla de San Benito, se concreta en los tres votos de nuestra profesión: *conversatio morum*, estabilidad y obediencia¹.

¹ «El que va a ser admitido prometa delante de todos estabilidad (*stabilitas*), conversión de costumbres (*conversatio morum suorum*) y obediencia (*oboedientia*)...» (RB 58, 17).

El esencial voto de *conversatio morum* asume en sí los de castidad y pobreza que emiten otros religiosos, pero sobre todo incluye una serie de compromisos fundamentales que dan *carácter monástico* a nuestra profesión. Se trata de adoptar una serie de valores y prácticas muy específicas, simples en apariencia, pero de origen antiguo y gran influencia espiritual. Son las *vasijas de barro* en que portamos la gracia peculiar que el Señor nos ha concedido como monjes: separación del mundo, *lectio divina*, liturgia, vigiliias, ayunos, observancia común, trabajo en clausura. Como novicio intento especialmente enamorarme de estos compromisos, que son los instrumentos de virtud de esta escuela del servicio divino que es el monasterio benedictino.

La *estabilidad* supone un impulso de amor cristiano hacia los monjes que componen la comunidad en que ingresamos, y el deseo firme de participar en su fraternidad y destino común. Es una de las exigencias más duras para los que acabamos de dejar a la familia y apenas empezamos a convivir con los hermanos. Aquí nos ayuda a ello la gracia de que somos cuatro los menores de treinta años, lo que nos hace mirar al futuro con esperanza. La estabilidad también tiene mucho de amor al lugar físico en que nos establecemos, y sobre todo comporta la aceptación humilde de las peculiaridades del monasterio. En nuestra Abadía de la Santa Cruz, esto incluye la pertenencia a la Congregación de Solesmes, el ofrecimiento perpetuo de nuestras oración y penitencia por la paz y prosperidad de España y todos sus habitantes, y la celebración solemne de la santa misa en la Basílica del Valle de los Caídos, fin para el cual asumimos la dirección de un colegio-escolanía.

El voto de *obediencia*, en el monacato benedictino, recibe gran relieve por la condición que el Abad asume como verdadero padre espiritual y pastor de los monjes. Nuestro objetivo es retornar a Dios, de quien nos apartamos en la vida pasada por la desobediencia, a través del sometimiento de nuestra voluntad propia a la del abad. De él esperamos confiadamente todo lo que necesitamos: la doctrina evangélica, la guía espiritual, el sostenimiento material, la misericordia y comprensión con nuestras debilidades y caídas.

En última instancia, la vida monástica tiene un fin único que la colma de sentido y del que manan todas sus observancias: la *búsqueda de Dios*. En el claustro nos esforzamos a fin de alcanzar la pureza de corazón, haciendo todo lo posible para que los ojos de nuestra alma estén preparados para la contemplación del rostro del Señor. Esta contemplación, iniciada ya en este mundo, pero que tendrá su florecimiento definitivo en la gloria del cielo, nos comunica un amor infinito, una misericordia del corazón que abraza al mundo entero y comparte todas y cada una de las penas y alegrías de la Iglesia. Este pensamiento de que, en la oración, puedo unirme de forma íntima en el Espíritu a la misión redentora del Verbo, así como hizo la Santa Madre de Dios, es el que me sostiene y anima en el camino de conversión monástica que he emprendido.

TEXTOS DEL MAGISTERIO

«La vida de las monjas contemplativas, dedicadas de manera especial a la oración, con el fin de tener constantemente el corazón orientado hacia el Señor, en la ascesis y en el ferviente progreso de la vida espiritual, no es más que una tensión constante hacia la Jerusalén celestial, una anticipación de la Iglesia escatológica, fija en la posesión y en la contemplación del rostro de Dios» (Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Cor Orans*, n. 158).

«La comunidad del monasterio de monjas, situada como ciudad en la cima del monte y lámpara sobre el candelero 102, incluso en la sencillez de su vida, representa visiblemente la meta hacia la cual camina toda la comunidad eclesial que, fervorosa en la acción y entregada a la contemplación, avanza por las sendas del tiempo con la mirada fija en la futura recapitulación de todo en Cristo» (Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, *Cor Orans*, n. 159).

«Aprovechando esta Jornada, deseo manifestaros, una vez más, el gran aprecio de la Iglesia por vuestra forma de vida. ¿Qué sería de la Iglesia sin la vida contemplativa? ¿Qué sería de los miembros más débiles de la Iglesia que encuentran en vosotros un apoyo para continuar el camino? ¿Qué sería de la Iglesia y del mundo sin los faros que señalan el puerto a los que se han perdido en alta mar, sin las antorchas que iluminan la noche oscura que estamos atravesando, sin los centinelas que anuncian el nuevo día cuando todavía es de noche? Gracias, hermanas y hermanos contemplativos, porque vosotros sois todo esto para el mundo: apoyo para los débiles, faros, antorchas y centinelas (cf. Const. Ap. *Vultum Dei quaerere*, I, 6)» (Mensaje del santo padre Francisco con ocasión de la Jornada Pro orantibus, 21.XI.2018).

«Acogiendo la propuesta de la Congregación para la Evangelización de los Pueblos, convoco un *mes misionero extraordinario* en octubre de 2019, con el fin de despertar aún más la conciencia misionera de la

missio ad gentes y de retomar con un nuevo impulso la transformación misionera de la vida y de la pastoral [...] para que todos los fieles lleven en su corazón el anuncio del Evangelio y la conversión misionera y evangelizadora de las propias comunidades; para que crezca el amor por la misión, que “es una pasión por Jesús, pero, al mismo tiempo, una pasión por su pueblo” (*Evangelii gaudium*, n. 268) [...] “Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda criatura” (*Mc* 16, 15). Cumplir con este mandato del Señor no es algo secundario para la Iglesia; es una “tarea ineludible”, como recordó el Concilio Vaticano II (*Ad gentes*, n. 7), ya que la Iglesia es “misionera por su propia naturaleza” (*Ad gentes*, n. 2). “Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y la vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar” (*Evangelii nuntiandi*, n. 14). Para responder a esa identidad y proclamar que Jesús murió en la cruz y resucitó por todos, que es el Salvador viviente y la Misericordia que salva, “la Iglesia –afirma el Concilio– debe caminar, por moción del Espíritu Santo, por el mismo camino que Cristo siguió, es decir, por el camino de la pobreza, de la obediencia, del servicio y de la inmolación de sí mismo” (*Ad gentes*, n. 5) para que pueda transmitir realmente al Señor, “modelo de esta humanidad renovada, llena de amor fraterno, de sinceridad y de espíritu pacífico, a la que todos aspiran” (*Ad gentes*, n. 8)” (Carta del santo padre Francisco con ocasión del centenario de la promulgación de la carta apostólica *Maximum illud* sobre la actividad desarrollada por los misioneros en el mundo, 22.X.2017).

